

VERSOS PARA UNA *ILUSTRACIÓN MILITAR*: LA EVOLUCIÓN DE LA TÁCTICA MILITAR EN LA EDAD MODERNA A PARTIR DE LOS *AXIOMAS MILITARES* DE NICOLÁS DE CASTRO

Verses for a Military Enlightenment: The Evolution of Military Tactics in the Early Modern Age from the Axiomas Militares of Nicolás de Castro

Manuel SOBALER GÓMEZ 

Universidad Complutense de Madrid
msobaler@ucm.es

Recibido: 16/09/2025

Aceptado: 18/05/2026

RESUMEN: Uno de los aspectos fundamentales a la hora de comprender el desarrollo de Europa durante la Edad Moderna fue la influencia de la guerra. Las nuevas realidades del fenómeno bélico no hicieron sino incrementar el interés de los contemporáneos, surgiendo la tratadística militar como un tema independiente. El caso de los *Axiomas Militares* de Nicolás de Castro será como el de otros muchos autores militares, hombres experimentados en el servicio militar, que decidieron plasmar sus conocimientos con el objetivo de obtener reconocimiento y guiar a quienes quisieran dedicarse a la milicia. Al igual que otros tratadistas del siglo XVIII buscará leyes generales aplicables al «arte de la guerra», destacando por su recurso a la poesía para el desarrollo y justificación de principios de la táctica militar extraídos de su experiencia personal y de la historia; así como participar en los debates teóricos de la época, como fue la pugna entre los partidarios del *ordre profond* y del *ordre mince*.

Palabras clave: Nicolás de Castro; axiomas militares; siglo XVIII; tratados militares; Historia Militar.

ABSTRACT: One of the key elements in understanding Europe's development during the Early Modern Age was the influence of war. The new realities of the warfare only served to increase the interest of contemporaries, with military treatises emerging as a distinct genre. The case of the *Axiomas Militares* of Nicolás de Castro is similar to that of many other military writers, men with extensive military experience, who decided to set down their knowledge with the aim of achieving recognition and guiding those who wished to pursue a military career. Like other 18th century military writers, he sought to identify general laws applicable to the «art of war», notable for his use of poetry to develop and justify principles of military tactics extracted from his personal experience and from history; he also took part in the theoretical debates of the time, such as the dispute between the supporters of the *ordre profond* and the *ordre mince*.

Keywords: Nicolás de Castro; military axioms; 18th century; military treatises; Military History.

1. DE LA ANHELADA SIMILITUD CON LA ANTIGÜEDAD A LA DIFERENCIA EMANADA DE LA TECNOLOGÍA MODERNA

La época comprendida desde mediados del siglo XV al final de la guerra de los Treinta Años (1618-1648) es conocida por el desarrollo y la consolidación de los ejércitos modernos, caracterizados entre otros elementos por el aumento de sus efectivos y el afianzamiento del papel de la infantería (O'Donnell y Duque de Estrada, 2013, p. 149) en lo que ha venido a denominarse como «Military Revolution»¹. Concepto acuñado por la historiografía anglosajona debido a la integración en el arte de la guerra de la pólvora, una revolución no sólo técnica, sino también táctica, que posteriormente facilitaría la expansión por el mundo de los estados europeos (Arnold, 1999, p. 36; Black, 1994, p. 60). Concepto que ha sido puesto en revisión desde entonces, y que aún hoy en día sigue haciendo correr ríos de tinta (Sandberg, 2023, p. 113)².

1. El término hace referencia al conjunto de estudios relacionados con los progresos técnicos relativos a la capacidad de los estados europeos para hacer la guerra entre los siglos XVI y XVII. Planteado por primera vez por Roberts (1956).

2. Al respecto convendría la lectura de la de Burns (2022), donde se incluye una perspectiva sobre la guerra en el siglo XVIII, así como la trayectoria de armas, ejércitos, unidades

Dichos ejércitos desarrollaron nuevas tácticas³ tanto en campaña como en batalla⁴, conocidas como «pike and shot tactics», cuya clave estribaba en la capacidad de las formaciones para combinar el poder de choque con la potencia de fuego (Rogers, 2010, pp. 214-216). La pica, un arma característica de la antigüedad, gozaría de un uso revitalizado y sería integrada junto a las armas de fuego de reciente invención, arcabuces y mosquetes, cuyo manejo era más sencillo y necesitaba menos práctica que el de los arcos, aunque tuviesen menor alcance, que era compensado con su mayor poder de penetración.

El origen y extensión del uso de la pica en cuadros nos lo encontramos primero entre los suizos en su exitosa resistencia contra los intentos de conquista austríacos en la Baja Edad Media, si bien ellos utilizaron en ese momento la alabarda. Más la técnica es la misma, el uso en formaciones cerradas de infantería bien adiestrada, las cuales resultan muy eficaces contra la caballería imperante hasta ese momento en los campos de batalla. Su modelo sería posteriormente utilizado por los alemanes bajo la forma de los lansquenets y de los españoles en los tercios (Rogers, pp. 205-208).

En aquellos momentos el equilibrio entre picas y armas de fuego solía resultar favorable a las primeras frente a las segundas, rondado el 80 % de las unidades, e incluso se llegó a la proporción de un soldado con arma de fuego por cada seis equipados con pica. No sería hasta mediados del siglo XVII cuando se invirtiese la situación, y se redujese en algunos casos a un arma de cuerpo a cuerpo por cada arma de fuego. Si bien éstas últimas eran capaces de infligir grandes pérdidas a sus enemigos, resultaban vulnerables mientras eran recargadas, por lo que los piqueros se desplegaban en formaciones mixtas para protegerlos frente a la infantería y la caballería enemiga. La innovación vendría de manos de los españoles con la creación del Tercio, unidad que además de combinar picas y armas de fuego, incrementó éstas últimas y recurrió al uso de tropas que luchaban con otras armas. Es el caso de infantes armados con espada y escudo para apoyar a los piqueros y desarrollar una clase de infantería ligera que con arcabuces actuaría a modo de escaramuzadores en su frente, precursores de los tiradores dispersos desarrollados a mediados del siglo XVIII. Sería ya en el siglo XVIII cuando los avances técnicos produjesen un nuevo cambio en la táctica militar y con ello el incremento en las publicaciones relativas

y generales; relaciones de batallas y novedosas perspectivas acerca de cómo integrar las nuevas metodologías desarrolladas en las últimas décadas para ampliar los campos de estudio de la Historia Militar.

3. Un autor contemporáneo de Castro, Raimundo Sanz, entendía la táctica como «la ciencia de las ordenes que se ofrecen dár en las diferentes ocasiones de la Guerra» (1749, pp. 397-398).

4. Nuestro término «batalla» se utiliza para definir una acción militar realizada por el grueso de un cuerpo o ejército, y sus distintas partes dispuestas para la acción, por lo que se concibe como un enfrentamiento estructurado frente a combates de menor entidad (O'Donnell y Duque de Estrada, 2013, p. 149).

a la misma, entre las que se encuentran los *axiomas militares* de Nicolás de Castro, que abordaremos a continuación.

2. HISTORIA Y PROPÓSITO DE LOS «AXIOMAS MILITARES» DE NICOLÁS DE CASTRO

El presente trabajo propone abordar la evolución táctica durante la Edad Moderna tomando como referencia los postulados defendidos en los *axiomas militares* de la obra de Nicolás de Castro Álvarez Maldonado (1710-1772) y realizar un estudio que compare su visión particular del arte de la guerra con la evolución de la táctica de la época, tomando como referente, entre otros elementos su apego por el recurso al combate cuerpo a cuerpo o su posicionamiento en enfrentamientos teóricos del momento como el debate entre el *ordre profond* y el *ordre mince* que abordaremos más adelante.

Los *axiomas militares* es una obra compuesta por 264 axiomas, puestos sin orden o relación aparente y dos sonetos, en los que Nicolás de Castro desarrolla su concepción del arte de la guerra en verso, sintetizando sus principios en estrofas, redactadas a partir de sus experiencias en el servicio en Italia y América (Sobaler Gómez, 2024, pp. 25-27).



Figura 1. Retrato de Nicolás de Castro Álvarez-Maldonado, (1710, Ciudad Rodrigo, España - 1772, Panamá). Autor desconocido. Fecha aproximada: Siglo XVIII. (Recuperado de la Venciclopedia)

La obra es más que un curioso ejemplo entre los tratados militares de la época por su formato en verso. El motivo de que se halle escrita en verso puede deberse a que en la Ilustración los autores recurrían a la poesía como un medio de favorecer el aprendizaje, sirviendo como un soporte lúdico que facilitase el estudio de materias áridas (Collantes Sánchez, 2015, pp. 94-95), lo que resultaría pertinente en una obra especialmente compuesta para aquellos jóvenes que buscasen ingresar en la milicia. Por si no fuera poco, el recurso a la poesía enlaza con el origen mismo del arte de la guerra, pues en tiempos primitivos la difusión de los acontecimientos bélicos se realizaba en obras en verso como evidencian Homero con la *Ilíada* o el *Cantar del Mío Cid* en la España medieval. Si bien en ambos casos primó la conservación de la memoria y la propaganda política sobre la difusión de saberes, función que la poesía cumplió en época grecorromana y más tarde en la Edad Moderna (Van Creveld, 2015, pp. 8-45). Su escritura no resulta del todo extraña pues en ese mismo siglo XVIII el rey de Prusia, Federico II, publicó en 1760 una obra en francés sobre el arte de la guerra en la que destacó por su recurso a la poesía.

La historia de cómo los *axiomas militares* llegaron a ver la luz décadas después de la muerte de su autor continúa en gran medida siendo una incógnita. Lo poco que conocemos se debe a la introducción de la obra. En ella se nos cuenta como el manuscrito fue terminado en vida de Castro, permaneciendo en el olvido hasta que lo recuperó Pedro Bailín (Castro, 1815, pp. V-VIII), quien lo encontró cuando participaba en las operaciones militares en América entre 1780 y 1783, si bien por diversos acontecimientos la publicación no se produjo hasta 1815 (Sobaler Gómez, 2026, pp. 8-10), y sin que podamos conocer hasta qué punto la obra es un original de Castro o fue alterado en algún punto antes de su recuperación por Pedro Bailín, o por el mismo Bailín antes de publicarla, por lo que la obra se encuentra al menos mediada por dos individuos, su autor y su editor, dado que siendo una obra redactada en la segunda mitad del siglo XVIII, no sería publicada hasta comienzos del siglo XIX, más concretamente en 1815, tras la conclusión de la guerra de la Independencia.

El motivo de la redacción de la obra según su autor era la formación de aquellos jóvenes que quisieran ingresar en la milicia y se convirtiesen en los oficiales del ejército (Castro, 1815, p. 2). Mientras que la finalidad de los *axiomas* consistía en establecer una serie de reglas concisas y claras sobre el modo más perfecto de hacer la guerra. En la obra se percibe la influencia de tratadistas y autores de la época tanto originarios de la Monarquía Hispánica, como el III marqués de Santa Cruz, como extranjeros, como Saxe o Folar, entre otros.

El autor aborda en sus axiomas el desempeño de los ejércitos en campaña y en batallas y las estrategias a seguir para conseguir la victoria. Además de aspectos como la formación del oficial, el papel de la religiosidad, y la necesidad de honor o de mantener la disciplina, incluyendo la recomendación de liderar también con el ejemplo, haciendo referencia al cambiante modelo del perfecto militar en el siglo XVIII.

Un elemento a destacar fue su defensa de la historia como fuente de inspiración, y por tanto, base de la construcción de muchos de sus axiomas, una idea compartida por los autores de su época (Espino López, 2000, pp. 201-202; Maffi, 2007, p. 42). Aunque elementos comunes y propios de la época no eximen al autor de controversias, como ocurre con algunos axiomas que critican de forma poco velada el sistema de ascensos imperante en la España de la época, como se observa en el axioma «16. En la profesion de Marte / el ascenso, sin agravio, / se debe dar al mas sabio, / como en toda ciencia y arte. / Sufrió Roma guerras muy molestas / de los Burros, los Brutos y los Bestias» (Castro, 1815, pp. 3-4). Con el que parece reivindicar la necesidad de establecer el conocimiento y el estudio como un motivo de peso para el ascenso frente a los que hoy sabemos eran los factores predominantes, las relaciones sociales y la venalidad (Andújar Castillo, 2016, pp. 348-350), junto a una soslayada antigüedad defendida por las ordenanzas.

Su defensa del mérito académico (Castro, 1815, pp. 33, 46-48) refleja un pensamiento innovador, aunque no por ello exclusivo de su autor, propio de la confianza ilustrada en el valor de la educación, que se nos hace también patente en su implicación en la enseñanza de las matemáticas en América a los jóvenes que ingresaban en la milicia, y por ende orientada no sólo a la transformación de la sociedad, sino a la sociedad militar en especial. Dicho reconocimiento del estudio frente al valor, la nobleza o la antigüedad supuso toda una innovación del pensamiento militar en el siglo XVIII (Abián Cubillo, 2021, pp. 33-36).

Un elemento relevante sería su defensa del establecimiento de una Escuela Superior de Táctica en la que los axiomas podrían ser utilizados y donde se formase un grupo selecto de oficiales cuyas funciones entienda Castro serían la dirección de toda la institución castrense y que por evidentes motivos sugiere un curioso símil con los estados mayores de los ejércitos en la actualidad. Si bien la posibilidad de establecer una academia militar general en su época era una idea compartida por sus contemporáneos (Abián Cubillo, 2018, p. 517).

3. LA VISIÓN DE NICOLÁS DE CASTRO DE LA TÁCTICA Y SU EVOLUCIÓN EN LA EDAD MODERNA

A continuación relacionaremos los *axiomas militares* de Castro con el arte táctico de la época, indicando sus diferentes cambios y evoluciones, y los momentos en los que el autor coincide o disiente con la táctica imperante en la época. Debemos comenzar recordando como los ejércitos de la Edad Moderna se desplazaban con su impedimenta por zonas previstas de cara al futuro aprovisionamiento. En vanguardia iba la caballería explorando el terreno, y si se diese la ocasión sería la primera en trabar combate, seguida del grueso de la infantería y los bagajes. Una vez se había avistado al enemigo, se iniciaba un despliegue para la batalla que bien podía durar un día, y, sin embargo, resolverse la acción en pocas horas (Duffy, 1987, p. 140).

El despliegue para dar batalla se realizaba con la infantería en el centro, protegida en sus flancos por la caballería como queda ejemplificado por el axioma «103. Una formacion encuentro / que á Marte le dictó Palas, / y es el poner las dos alas / entre los cuernos y el centro». Si bien también podía recurrir uno de los ejércitos a apoyar uno de sus flancos en un obstáculo natural que impidiese el ataque enemigo y le permitiese emplear la totalidad de su caballería concentrada en el lado opuesto, como esgrime en el «124. Si un costado asegurado / tienes con un fuerte terreno / la caballería es bueno / toda en el otro costado» (Castro, 1815, pp. 18, 21). Ideas que Castro, al igual que la mayoría de los autores de la época, suscribe.

Pese a la preeminencia del despliegue clásico, éste se solía amoldar a las características de cada terreno y la composición de cada ejército (Black, 2023, p. 8), optando por diversas configuraciones. Si se era superior en número o se poseía una fuerza superior de caballería, y se tenía la iniciativa y la intención de atacar, se solía preferir el despliegue en terrenos regulares y sin obstáculos naturales. Mientras que se solía preferir desplegar el ejército en terrenos de difícil acceso, escarpados y de complicado avance como zonas boscosas si se estaba en inferioridad numérica o el principal activo era la infantería y se debía recurrir a una actitud defensiva, la cual se veía reforzada en zonas que dificultasen la cohesión y el ataque de las unidades enemigas, en especial de la caballería, frente a la mayor versatilidad y adaptabilidad de la infantería a la variabilidad del terreno (Duffy, 1987, p. 159; O'Donnell y Duque de Estrada, 2013, pp. 158-159), tal y como atestigua el axioma «96. La diversa variedad / de ataques usar es bueno / conforme á la calidad / de las tropas y el terreno» (Castro, 1815, pp. 16-17).

Si se plantea dar una batalla defensiva, y además se tenía conocimiento del camino por el que el ejército enemigo se aproximaría, y el terreno no contaba con accidentes, éstos se podían crear de forma artificial, como las trincheras que servían para reforzar una posición, reflejado por el axioma «183. En la trinchera esperando / vale un hombre contra cinco / si no lo pasan de un brinco, / ó si no vienen volando» (Castro, 1815, pp. 30-31), y en el caso de ser necesario se recurría a los gastadores que preparaban el camino para el grueso de las tropas, allanando el camino como ejemplifica el axioma «46. Pala y azadon construyen, / si se trata de defensa; / mas si se trata de ofensa / pala y azadon destruyen: / en cualquiera fortuna buena ó mala / siempre trabajan azadon y pala», entre otros presentes en la obra (Castro, 1815, pp. 30-31).

Era conveniente concebir si se podía, una forma de retirada para tus fuerzas, remarcado por el axioma centésimo septuagésimo tercero, en el que además se aconsejaba el control en la medida de lo posible de los terrenos elevados, «Viéndote en las aperturas / de retirada forzosa, / es utilísima cosa / el ir ocupando alturas» (Castro, 1815, p. 29).

Respecto a la artillería, también presente en los axiomas, cabría mencionar que, a comienzos de la Edad Moderna, antes de ser empleada principalmente contra la artillería enemiga como ocurriría después, era utilizada para desorganizar los grandes cuadros de infantería característicos de la época, desmoralizándolos y causándoles bajas que facilitasen un contrataque posterior (O'Donnell y Duque de Estrada, 2013, pp. 159-164).

Además de esos principios generales del arte de la guerra, era aconsejable llegar con el ejército descansado a la batalla, habiendo ocupado previamente si se podían las mejores posiciones, y haber tenido en cuenta las condiciones meteorológicas como el viento, el sol a las espaldas, etc. Principios ideales para plantar batalla (O'Donnell y Duque de Estrada, 2013, pp. 163-164) recogidos en el axioma más extenso y detallado de todos los presentes en la obra, el ducentésimo quincuagésimo cuarto:

254. Si espera tu enemigo algun refuerzo,
si notas en tus tropas mucho esfuerzo,
si víveres te faltan ó dineros,
si al retirarte hay desfiladeros,
si con desórden tu rival se mueve,
si eres mas diestro al arma blanca, y llueve,
si los coges recién desembarcados,
si de una larga marcha están cansados,
si tú sabes su plan, y el tuyo ignora,
si tu desercion le aumenta y te aminora,
si te sitia la plaza mas urgente,
si el rival enfermó, ó si está ausente,
si algun desfiladero los ataja,
ó si te dan alguna otra ventaja:
estos, con otros que el ingenio halla,
son los motivos para dar batalla

(Castro, 1815, pp. 43-44).

Pero además de enfrentamientos campales o asedios, en la época se recurría a escaramuzas o emboscadas en terrenos accidentados o complicados como bosques, y en especial durante la noche. Siendo en la Edad Moderna más numerosos que las grandes batallas o asedios (Domizio, 2025, pp. 7-47; Wilson, 1999, p. 94). La finalidad era mantener alta la moral propia y en tensión al enemigo, atacando a sus exploradores o sus líneas de suministro a retaguardia. Dichos golpes de mano los solía protagonizar la caballería, a veces apoyada por grupos de infantería. Ocasiones como el cruce de pasos de montaña eran especialmente propensos a las emboscadas (O'Donnell y Duque de Estrada, 2013, p. 170).

En la obra de Castro son varios los axiomas relativos a las mismas y al peligro que puede suponer el desconocimiento del terreno, o su control por el enemigo, que

lo convierte en una ventaja a su favor, representado en el nonagésimo tercer axioma, «Tendrás un sumo cuidado / por medio de algun abrigo / no te coja el enemigo / por retaguardia ó costado: / esto mismo lo harás como prudente / siempre que la ocasion se te presente» o el peligro que podía suponer la falta de luz «259. La noche los temores acrecenta, / y ocultando los riesgos los aumenta» entre otros (Castro, 1815, pp. 41, 44, 45).

La siguiente innovación vendría de manos de los hermanos Nassau y Gustavo Adolfo, los grandes innovadores en el arte de la guerra de su época⁵. De hecho, los avances tácticos introducidos en los ejércitos holandeses a finales del siglo XVI fueron perfeccionados por los suecos a comienzos del siglo XVII. Los primeros crearon los batallones (Asch, 1999, p. 54; Parker, 2010, p. 162), unidades más reducidas, y por ende menos vulnerables al fuego de la artillería, además de ganar en movilidad y en versatilidad.

Los soldados con armas de fuego desarrollaron una táctica de disparo por filas que se alternaban de 6 a 12 en profundidad, la contramarcha, consistente en disparar y retirarse a retaguardia para protegerse mientras recargaba su arma, protegido por sus compañeros (Castro, 1815, p. 120). Lo que les confirió mayor poder de fuego y seguridad, dependiendo en menor medida de los piqueros (cuya proporción se redujo de 2 a 1) para su defensa, aunque requería más entrenamiento. Con lo que las armas de fuego impulsaron un tímido cambio hacia la dispersión que se materializa en la reducción del tamaño de las unidades (Rogers, 2010, p. 203).

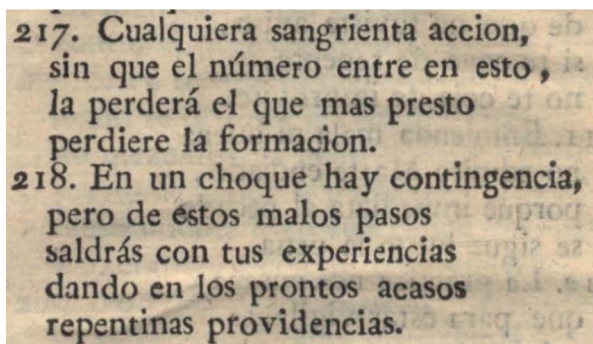


Figura 2. *Axiomas* ducentésimo decimo séptimo y ducentésimo decimooctavo (Castro, 1815, p. 36)

5. En sus postulados originales Michael Roberts entendía la revolución táctica de Mauricio de Nassau como una medida defensiva frente a España, la potencia hegemónica de Europa en la época. Mientras que Gustavo Adolfo perfeccionó la ofensiva durante las operaciones contra esa misma Monarquía Hispánica que había acudido a la guerra de los Treinta Años en apoyo de sus parientes austríacos (Storrs, 2023, p. 161).

Por su parte, la caballería, continuó reduciendo su armadura, y su proporción respecto a una infantería que no dejó de acrecentar su número. Además de la incorporación de armas de fuego, la caballería desarrolló el uso de la técnica de la caracola, consistente en acercarse a la infantería para luego disparar y retirarse inmediatamente a recargar, repitiendo el proceso hasta que el número de bajas en la infantería enemiga habilitaba la carga frontal (Martí Sempere, 2006, p. 93).

Lo que se demostró como un método ofensivo poco efectivo ya que la infantería tenía un mayor poder de fuego, por lo que el uso de la caballería siguió siendo como antaño, a modo de contrapartida de la enemiga, para amenazar sus flancos o para perseguir al enemigo si éste había entrado en desbandada. Momento culmen en el enfrentamiento, en el que las unidades de un bando lograban que las del enemigo, creyéndose derrotadas y por ende perdidas, traten de escapar o de retirarse desorganizadamente. Como observamos en la obra de Castro en el axioma «217. Cualquiera sangrienta accion, / sin que el número entre en esto, / la perderá el que mas presto / perdiera la formacion» (Castro, 1815, p. 36). Con todo, los cambios técnicos motivados por la evolución táctica de dicho periodo se vieron limitados por la capacidad logística y la eficacia de la administración de los estados, que posteriormente desarrollarían un mejor sistema fiscal-militar de cara a financiar la preparación de la guerra, un negocio caro en costes humanos y materiales⁶.

El mejor exponente sintetizador de los avances producidos hasta el momento fue Gustavo Adolfo II de Suecia, uno de los grandes comandantes de su época. Algunas de sus innovaciones fueron la creación de un ejército permanente en el que las unidades reclutadas entre la población regnícola servían junto a mercenarios. Su maquinaria militar gozó de gran éxito debido a elementos como su cohesión, fruto del rigor en la disciplina y la instrucción de sus unidades. Su habilidad táctica como general quedó atestiguada en axiomas, como el «141. De Mantinëa y Pavía / las dos famosas acciones / ganó la caballería / mezclada con pelotones / de escogida infantería; / y despues sagaz y bravo / en Lutzen el gran Gustavo» Cuyo éxito no sólo vino de sus propias innovaciones sino de lograr una integración armónica de las diferentes evoluciones que había experimentado el arte de la guerra en aquella época, expuesto en el axioma «99. Gustavo en Leisprig formó / columnas entre brigadas, / con cuyas sierras dentadas / al contrario derrotó» (Castro, 1815, pp. 17, 24).

Destacó por el uso de una artillería reformada a la que había reducido, para una mayor operatividad a cuatro calibres, 6, 12 y 24 libras, y de 3 que serviría

6. Un tema estudiado en menor medida por la historiografía tradicional pero que ha cobrado vida en los últimos años de manos de autores como Rafael Sánchez Torres, que se han interesado por la financiación y los costes de la guerra, tanto en el apartado armamentístico como más puramente logístico (Torres Sánchez, 2016, p. 373; Weigley, 1991, p. 103). Para un estado de la cuestión de la materia véase (González Enciso, 2020, pp. 15-43).

como un apoyo previo al asalto de la infantería, una carga conjunta de piqueros y mosqueteros, innovando al conferirle a los primeros tal rol ofensivo. Formaba a su infantería en dos líneas incompletas que permitían la retirada de la primera o el avance de la segunda en apoyo de la primera en batalla sin romper el orden de las formaciones. Reflejado por Castro en el axioma «100. Si á primera línea / tal error que se confunda, / debe abrirse la segunda / para que atrás se rehaga. / La tropa lo hará con desenfado / si en tiempo de paz lo ha practicado» (Castro, 1815, p. 17). Respecto a la caballería, recurrió a la ligera y al uso de coraceros, armados con espada y pistola, los cuales gozaron de una gran eficacia en sus cargas por su férrea disciplina y por el uso combinado junto a la infantería.

El establecimiento en la época de los depósitos de suministro en los fuertes hizo que éstos cobrasen una mayor importancia, al ser a partir de ese momento no sólo un elemento de control del territorio sino también la clave habilitante de los desplazamientos. Ya que a lo largo de la Edad Moderna los ejércitos que entraban en campaña tuvieron que hacer frente tanto a las dificultades logísticas derivadas de las malas infraestructuras, las restricciones físicas involuntarias y a la dependencia del clima para realizar las campañas, prefiriéndose primavera-verano para su ejecución⁷.

En ese sentido los mejores territorios para el despliegue y mantenimiento de una fuerza capaz de llevar a cabo acciones de envergadura debían contar con buenas comunicaciones terrestres, aún mejor si eran complementadas por rutas fluviales o marítimas. Además, deberían contar con un buen desarrollo de los sectores agrícola y comercial y con grandes ciudades, como en la época ocurrió en los Países Bajos o el norte de Italia, donde tuvieron lugares numerosos enfrentamientos (Duffy, 1987, pp. 8-9, 13; Segura García, 2014, p. 127). Todo ello supuso el desarrollo y el perfeccionamiento del arte de las operaciones de ataque y defensa de las plazas (Strachan, 2005, p. 34). Como el autor justifica con el axioma «155. Que no quede plaza es bueno / á la espalda en la conquista, / si no tienes á la vista / otras que sirvan de freno» (Castro, 1815, p. 26).

Fue una época en la que se prefirió el asedio por encima de la batalla, aunque se ha demostrado que éste comportaba un mayor número de bajas. Sin embargo, el hecho de que las mismas fueran graduales ayudaba a la reposición de unas tropas cuyo entrenamiento rondaba de tres a seis años, por lo que el miedo a su desertión o pérdida fue un elemento real condicionante del arte de la guerra de la época. Y siempre fue más lenta la formación del jinete como atestigua el axioma «136. El de á pie pronto es guerrero; / el ligero con tardanza, / por ser doble la enseñanza / de caballo y caballero» (Castro, 1815, p. 23).

7. Sanz definió en su diccionario militar la campaña como «el tiempo que se pueden tener las Tropas en cuerpo de Exercito cada año» (Sanz, 1749, p. 53).

Además, entendían un asedio como una operación que a largo plazo podría compensar los beneficios a los costes, lo contrario de una batalla, que era entendida como algo más cercano a una apuesta, falta la mayoría de las ocasiones de la debida planificación, y sin las suficientes certezas de éxito que compensasen el riesgo. Las batallas eran entendidas, así como un acontecimiento devenido de los asedios⁸, por lo que siempre se prefirió la maniobra con el fin de amenazar las líneas de suministros enemigas o tratar de aislarle de su retaguardia, privándole de una vía de escape y forzar con ello su retirada. Por lo que los enfrentamientos campales eran deseables si se tenía una clara superioridad, la posibilidad de vencer con reducidas pérdidas o si por el contrario no quedaba otra opción (Duffy, 1987, pp. 8, 140).

El siguiente gran exponente en el arte de la guerra lo encontramos en la Francia de Luis XIV, emulada en casi toda Europa, consistente en el uso de un ejército estandarizado que recurriese en menor medida a los mercenarios. Recurso omnipresente durante la Edad Moderna dado que aliviaba la carga demográfica de los estados y el sempiterno problema de la elevada desertión. Especialmente propicios resultaban los momentos de dispersión durante las tareas de forrajeo; sin olvidarnos del riesgo de insubordinación, que se podía subsanar con una férrea disciplina (Ibidem, pp. 24, 70, 100; Strachan, 2005, p. 30). Si bien, la desertión siempre fue algo común en los ejércitos europeos de la época, tanto por parte de las tropas regnícolas como de las extranjeras (Andújar Castillo, 2003, p. 139; Bragado Echevarría, 2020, pp. 46, 47).

El ejército francés estuvo en los siglos XVII y XVIII organizado en regimientos cuya historia y emblemas mantenían la cohesión, modelo posteriormente implantado por Felipe V en España. Castro manifiesta la necesidad de escribir la historia de cada regimiento en el axioma «11. Sería de gran fomento / el que en cada cuerpo hubiera / un oficial que escribiera / la historia del regimiento» (Castro, 1815, p. 3).

4. LA GUERRA EN EL SIGLO XVIII: EL ADVENIMIENTO DE LAS TÁCTICAS LINEALES

El mando en la Edad Moderna recayó en su inmensa mayoría en la clase nobiliaria; y la recluta se realizaba siguiendo una política mercantilista, es decir, orientada a las clases improductivas primordialmente, con intención de perjudicar lo menos posible a la economía. Lo que se tradujo en la recluta de hombres de escasa confianza, por lo que la disciplina se hizo cada vez más necesaria. El estado no sólo se encargó del aprovisionamiento y suministro de las tropas, sino que en el siglo XVIII también

8. Un claro ejemplo es el de John Churchill, I duque de Marlborough, quien ganó fama como comandante cuando sólo luchó en cuatro batallas, pero participó en treinta asedios (Starkey, 2003, p. 45).

de su alojamiento en espacios diferenciados de la población civil para evitar los subsiguientes roces, nada extraños en la época.

El siglo XVIII fue un periodo de transición en Europa en el que se consolidaron y perfeccionaron los avances tecnológicos y las instituciones militares previas. Lo cual hizo que el arte de la guerra practicado por los europeos fuese más efectivo que el de sus rivales extraeuropeos. Todo ello no habría sido posible sin la existencia de fuertes gobiernos e instituciones consolidadas que permitieran mantener el esfuerzo de guerra, encargándose los gobiernos en mayor medida del reclutamiento, gestión y aprovisionamiento, aunque eso no eliminó el recurso a asentistas que proveyesen material de guerra y hombres. Para lo que el esfuerzo económico resultaba fundamental, siendo el país mejor preparado para ello Gran Bretaña gracias a instituciones como el Banco de Inglaterra o el Sinking Found (Duffy, 1987, p. 3; Segura García, 2014, p. 126).

En aquella época el aumento del número y de la potencia de fuego de la infantería jugará un papel fundamental, que terminó por derivar en un problema táctico sin una resolución satisfactoria hasta la época napoleónica. Se trata de la época de las llamadas «tácticas lineales», surgidas de la mezcolanza de nuevas tecnologías para hacer la guerra junto a la adaptación de las tácticas de la segunda mitad del siglo XVII. A lo que hemos de sumar la disciplina, la cual redundó en un incremento de la profesionalización y de la capacidad de combate de las unidades (Dupuy, 1980, p. 144; Segura García, 2014, p. 120).

La guerra del siglo XVIII ha sido vista por la historiografía como una guerra limitada debido a la restricción impuesta a unos despliegues condicionados por fortalezas y líneas de suministro, una mayor sujeción de los generales a la autoridad política y el recuerdo de las atrocidades de la guerra de los Treinta Años (Segura García, 2014, p. 128). Actualmente sabemos que el avance del siglo fue paralelo al incremento del número de combates, por lo que ocurrieron más a menudo de lo que hasta ahora se había pensado, y la elevada mortandad era debida en su mayoría a la mejora de las armas de fuego (Segura García, 2014, p. 129).

En esta época, los mosquetes de mecha dan paso a los de chispa; los cuales no sólo eran más fiables, sino también más seguros y rápidos de recargar, permitiendo reducir el espacio entre mosqueteros y el tiro hombro con hombro. Su uso se remonta al siglo XVI en rifles y pistolas, aunque al ser más caro tardó en incorporarse al mundo militar, estandarizándose a principios del siglo XVIII (Segura García, 2014, p. 120). Además de producirse la invención de los cartuchos de papel, que permitieron aumentar la velocidad de recarga, reduciendo los movimientos necesarios, con lo que se incrementó el número de disparos por minuto; y por consiguiente aumentó su potencia de fuego, siempre vinculada al entrenamiento y las condiciones climáticas. Con lo que el piquero vio reducida su proporción en los ejércitos a uno por cada cuatro o cinco mosqueteros, hasta el punto que suscitó

el problema de su emplazamiento, dudando entre repartirlos entre el centro y los flancos, situarlos solo en el centro o en una formación de cinco filas con los piqueiros en la tercera. El problema de coordinación concluyó con la incorporación de la bayoneta, que de ser un simple cuchillo insertado en el cañón del fusil llegó a evolucionar a modelos que permitían tenerla calada y disparar al mismo tiempo, si bien su uso requirió de un mayor adiestramiento.

Los tratadistas de la época trataron sin éxito de responder a nuevas problemáticas derivadas de los cambios tecnológicos y el aumento de la potencia de fuego en el plano táctico. Dada la carencia de una fórmula maestra cada comandante actuó en consonancia con su formación y de acuerdo con la situación, y dependiendo del momento, no faltaron las voces que preconizaron un eventual retorno de la pica, despreciando la potencia de fuego. Dicho debate, que abordaremos más adelante, entre los partidarios del orden profundo y la columna, o el orden delgado y la línea abarcará buena parte del siglo XVIII, hasta que se encuentra una solución que abogue por una combinación de las ventajas de dichos sistemas (Segura García, 2014, p. 121).

Ambas innovaciones permitieron una mayor cohesión de la unidad de infantería y adelgazar las líneas por la reducción del número de sus filas hasta tres, cuando a mediados del siglo XVII su número solía rondar seis o más. El motivo era maximizar la potencia de fuego a la par que reducir el efecto de la artillería enemiga en las unidades propias. En el caso británico, desde finales del XVIII y hasta finales del XIX adoptaron el uso de sólo dos filas (Duffy, 1987, p. 160). Las cuales contaban con una segunda línea a modo de reserva como emana de los axiomas «101. De tropa bien arreglada / la segunda línea puesta / para todo está dispuesta / si está en columna formada» Y «111. Si una línea sola opones, / verás como la conservas / si en su defensa dispones / muchas y buenas reservas» Donde además se alude a la mayor velocidad y efectividad del desplazamiento en columna de las unidades, previamente al despliegue en línea (Castro, 1815, pp. 17, 19).

En el siglo XVIII poco se había innovado respecto a siglos previos en cuanto a la táctica, realizándose despliegues similares, aunque utilizando la línea como principal formación, lográndose resultados poco determinantes pero costosos en vidas. Un intento de resolución parcial fue el uso del orden oblicuo utilizado por Federico II de Prusia, consistente en concentrar sus fuerzas frente al punto débil del enemigo, contra el que lanzaba una parte importante de sus efectivos mientras el flanco más débil entretenía al contrario y comprometía sus reservas.

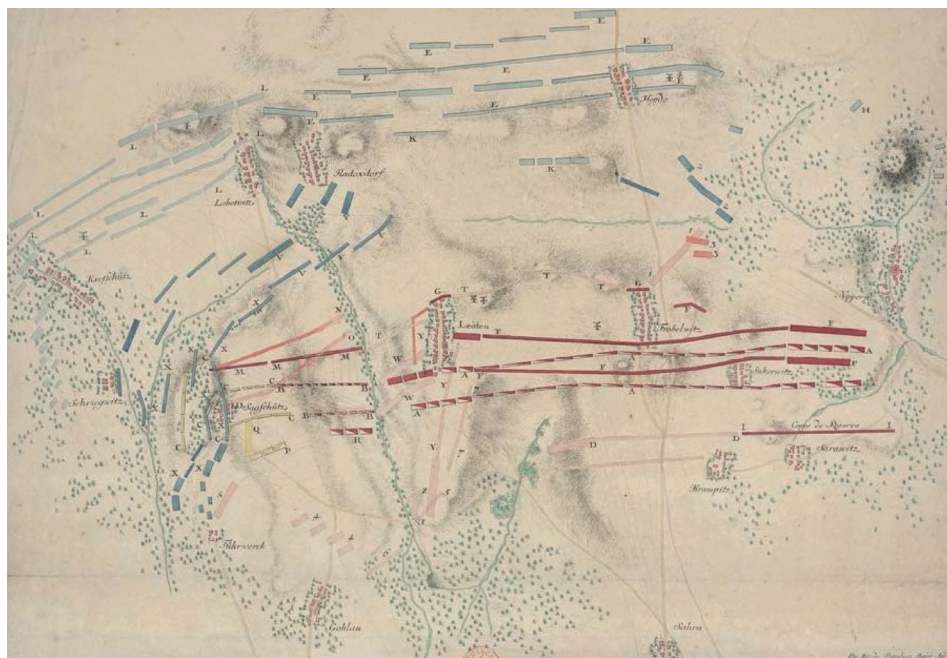


Figura 3. Detalle de un plano de la batalla de Leuthen (5 de diciembre de 1757). Librada en Silesia entre el ejército austríaco y el prusiano. Obra de Sébastien de Beaulieu y Johann Thomas von Trattner. Dato de edición según Gallica 1757. Bibliothèque nationale de France (BNF), département Cartes et plans, GE D-13 585

Sin embargo, su éxito dependía en gran medida de la desorganización del enemigo antes de que la propia ala débil cediera, y de la sorpresa garantizada por el descuido del contrario, la orografía y el uso de marchas forzadas, sostenidas con entrenamiento y disciplina. Si bien existía el riesgo de que esa parte del ejército quedara aislada del conjunto y supusiese una brecha entre tus dos alas. Como expone Castro en axiomas como el centésimo décimo segundo, «112. El orden oblicuo emplea / sin despreciar la coluna / y porque mejor se vea / tienes leccion oportuna / en Leuctres y Mantinea», entre otros, que incluimos a pie de página⁹. Su objetivo no era otro

9. «119. En ataque paralelo / tan comun en apariencias, / deben obrar con desvelo / excelentes experiencias / precedidas de un gran celo»; «180. Son buenas marchas forzadas / sabiéndolas disponer / ocultas y anticipadas, / tanto para acometer / como para retiradas» y «253. Con tu fuerte ala ataca oblicuamente / á la de tu rival de débil gente: / la otra firme manten y defendida / libre de la contraria ala escogida: / si la una envistes, y la otra atajas, / lograrás pelear con dos ventajas» (Castro, 1815, pp. 19, 20, 30, 43). Como evidencia el axioma 112, la

que tratar de dotar de nuevo a la táctica de una movilidad perdida (Nosworthy, 1992, p. 192; Segura García, 2014, pp. 121-122).

La infantería en aquella época formaba en dos líneas en el centro, separadas por trescientos metros, y con la caballería en sus alas. La artillería, por su escasa movilidad al inicio del periodo quedaba repartida en la línea, agrupada en baterías, y protegida por tropas de infantería y pequeñas construcciones temporales. Su función principal continuó siendo debilitar al enemigo, aunque una vez emplazada rara vez era reposicionada debido a su peso, hasta el surgimiento de la artillería volante en el siglo XVIII, que tenía un cariz más ofensivo. También conocida como ligera, rodada o montada. Uno de los elementos innovadores de los que se sirvió Federico II (Telp, 2005, p. 15). Un adelanto técnico controvertido en la época, y del que varios militares reivindicaron su invención, véase en el caso español los testimonios de Peñalosa y Zúñiga (1796, pp. 4-5) y Salas y Cortés (1831, p. 125).

Si se contase con unidades sobrantes se constituiría una tercera línea a modo de reserva. Algunos autores de la época abogaban por el despliegue dejando espacios en la línea que posibilitasen retirar algunas secciones, o la incorporación de reservas de infantería por dichos huecos, a la par que la combinación de caballería con infantería en los flancos, sistema conocido como entreverado para reforzar las alas. La intención era asegurar su éxito en las maniobras de envolvimiento (Segura García, 2014, p. 122), y con ello la victoria en la batalla. Castro lo ejemplificó en el axioma «139. Del ligero y del peön, / los dos cuerpos se entretejan, / de tal modo lo dispon / que uno á otro se protejan» (Castro, 1815, pp. 23-24).

No deja de resultar curioso que, aunque el ataque oblicuo sólo tuvo éxito en Leuthen (1757), causase una honda impresión en sus contemporáneos, siendo fruto de la preparación de los soldados de Federico II, del terreno favorable y de la sorpresa de los austríacos. Federico II también fue famoso por usar la columna para el movimiento de tropas, que rápida y disciplinadamente se orientaban como una fila al enemigo. Y por emplear artillería ligera de tres libras, vital para apoyar a su infantería y a su caballería (Liddell Hart, 1991, p. 88; Martí Sempere, 2006, pp. 94-95; Starky, 2003, p. 47).

La táctica lineal, sin embargo presentaba el problema del movimiento, y en concreto en un terreno desigual, el avance exigía continuos reajustes del despliegue de las unidades, para lo que la disciplina resultará algo fundamental, como en especial demostrarán los ejércitos de Federico II, un monarca que en aquellos tiempos no sólo destacó por no dudar a la hora de entablar una batalla campal, sino que además desarrolló una importante y prolongada actividad como líder militar, algo inusual

inspiración para el desarrollo de la técnica provino de las lecturas sobre la Grecia antigua, en especial de su uso por el general tebano Epaminondas contra los espartanos en la batalla de Leuctra en el 371 a. C.

para un monarca en la época (Black, 1994, p. 65; Delbrück, 1990, p. 273; Martínez Ruiz, 2016, p. 244).

También requirió una fuerte disciplina el desarrollo de los distintos métodos de disparo de las unidades, por filas o por compañías. En el caso de estas últimas, disparaba primero la de un extremo y luego la del opuesto, alternándose hasta llegar al centro, de forma independiente, reservando a la compañía de granaderos, cuyo fuego solía quedar en reserva. En el método del fuego por filas, que podían realizar compañías y batallones, disparaba la primera línea mientras la segunda y la tercera aguardaban, realizando sus salvas cuando disparaba la anterior, estando siempre una dispuesta como prevención para hacer fuego. El tiempo entre salvas dependía de la velocidad de recarga. Claro está, su efectividad dependía de la puntería, y ésta a su vez lo hacía del entrenamiento. Los soldados solían disparar por encima de los enemigos, por lo que se les aconsejaba bajar la línea de tiro, aunque así los proyectiles pudieran dar en el suelo (Segura García, 2014, pp. 123-124).

Castro ejemplifica el problema mencionado y la necesidad de esperar al momento oportuno para ejecutar el disparo en el axioma «64. Tus fuegos los mas constantes / los hallarás imperfectos, / si no los dispones rectos, / recíprocos y rasantes» Y en el «130. Eugenio con grande instancia / á sus tropas les encarga / que no ejecuten descarga / hasta muy corta distancia» (Castro, 1815, pp. 11, 22). Cuando menciona a Eugenio se refiere al príncipe de Saboya durante la guerra de Sucesión Española, presente en la victoria británica en la batalla de Malplaquet (1709).

La desconfianza francesa de la efectividad de las armas de fuego tuvo una probable explicación debido a motivos como la batalla de Lens, en 1648, donde abrieron fuego primero y no pudieron recargar sus armas a tiempo, entrando en pánico los soldados, y terminando por desbandarse. En dicha batalla los disparos a corta distancia de las filas británicas tuvieron un efecto devastador en las filas francesas (Wilson, 1999, p. 91).

En esa época se desarrollaron varias formas de combatir dependiendo de la cronología y el país. A comienzos del siglo XVIII se usaba el sistema holandés de fuego por pelotones, cuyo uso se extendió durante la guerra de Sucesión Española salvo a Francia, cuya infantería continuó recurriendo al fuego por filas. Dichos sistemas tuvieron en la época una gran influencia en la decisión de las batallas que no sólo eran ganadas por la maniobra o la disciplina de los soldados, sino por su poder de fuego o las habilidades del generalato para la combinación de las tres armas, infantería, caballería y artillería; ésta última dados los avances técnicos, que la dotaron de mayor movilidad y potencia de fuego, cobró un papel más ofensivo que en épocas anteriores. Aunque su uso principal, seguía siendo contra la infantería y caballería y no contra la artillería enemiga (Strachan, 2005, pp. 31-33; Wilson, 1999, pp. 92-93).

La infantería continuó siendo la reina de los campos de batalla, aunque cada vez se hizo más necesaria la colaboración con los ingenieros que facilitasen su movimiento

y protección, así como con los artilleros, encargados de debilitar al enemigo antes del choque. La caballería siempre fue clave en el ataque y la exploración, dadas sus capacidades de movilidad y choque cuerpo a cuerpo, aunque también fue más costosa de equipar y entrenar. En contraposición se encontraba la infantería, que era más económica de equipar y más rápida de instruir. Existían varias clases de caballería según su función, una ligera de exploración, escaramuza o desgaste de la caballería enemiga con tácticas de acoso como eran los húsares; una pesada, los coraceros, destinados a efectuar una carga frontal en el momento y lugar adecuado. Y una tercera clase, mixta, que podía combatir a pie o a caballo indistintamente, en función de la situación, los dragones (Wilson, 1999, p. 92).

Además de enfrentarse en batalla a la caballería enemiga, una vez se imponía, apoyaba a su propia infantería, siempre pendiente para golpear la retaguardia o el flanco enemigos, evitando el peligro que podían suponer sus bayonetas si se realizaba una carga frontal contra una formación de infantería compacta y ordenada, que, sin embargo, resultaba vulnerable a la combinación de infantería y caballería enemiga. Un último cometido de la caballería era perseguir al enemigo en retirada o proteger la propia, en función del desenlace del combate. Dependiendo del momento, la caballería podía servirse de pistolas o espadas, y fusiles también en el caso de los dragones (Segura García, 2014, pp. 125-126).

Lo que Castro ejemplificó con axiomas como el «126. Para todas ocasiones / selecta reserva entables, / para esto son admirables / los ambidiestros dragones» Además del «142. En varios lances de guerra / una y otra tropa ocupa, / infantes á la gurupa / y dragones pie á tierra»; «149. Si una ala tiene la gloria / de vencer en el encuentro, / debe tirar sobre el centro / para acabar la victoria: / como anibal en Cannas vigilante, / no como en Tracia Antíoco ignorante» y «176. El huir para engañar / es bueno saberlo hacer, / malo hacerlo sin saber, / por eso se ha de estudiar» (Castro, 1815, pp. 22-25, 29), aludiendo a su capacidad de desplazamiento y, por ende, de posicionamiento táctico, ocupando posiciones vitales antes que el enemigo, además de por su versatilidad que les permitía combatir tanto a pie como montados.

La caballería era utilizada para explorar por delante del grueso del ejército y como pantalla para evitar caer en emboscadas, resultaba útil además contra la artillería y contra la infantería enemiga, si a ésta última la cogía desprevenida, desordenada, cansada, por el flanco o la retaguardia, ya que la fuerza, valía o voluntad de lucha del soldado de infantería quedaba anulada cuando daba la espalda al enemigo con la intención de huir, como reconoce en el axioma «241. El infante que huye inadvertido / del ligero ó dragon, queda perdido; el de á caballo no, que en todo trance / el infante no puede darle alcance: use el montado de su ligereza / y el peón aproveche su firmeza» (Castro, 1815, p. 40).

La caballería no sólo fue el arma más prestigiosa de la época, también resultaba crucial para tomar posiciones clave antes que el enemigo, y obviamente para

contrarrestar su caballería, además de ser idónea para perseguirlo cuando se batía en retirada, aconsejado en el axioma ducentésimo cuadragésimo primero. Su movilidad era su principal baza, y al igual que la infantería, abandonó gradualmente el uso de armadura.

Al final de la guerra de los Siete Años todos los ejércitos habían adoptado el mismo esquema de operaciones, consistente en disponer las tropas en formaciones con tres filas de profundidad que disparaban por pelotones. Además de iniciarse el uso de tropas de infantería ligera por influencia austríaca, y ésta a su vez por el estilo de guerra de frontera contra el Imperio Otomano. Tropas muy útiles en terrenos difíciles, donde además las grandes unidades no pueden desplegarse eficientemente, dado que experimentan el inconveniente de los problemas inherentes al movimiento, inevitables en el caso de la rigidez táctica propia de densas formaciones. Dicha infantería ligera podía combatir en orden cerrado además de en orden abierto o escaramuza. Desde su aparición en los campos de batalla europeos su número no dejaría de incrementarse, a la par que aumentó su importancia. Su principal función en las grandes batallas consistía en debilitar mediante escaramuzas a la infantería enemiga además de actuar como pantalla de la propia infantería, o para cubrir una retirada (Dupuy, 1980, pp. 146-148; Lynn, 2010, p. 190).

Ya hemos comprobado que las batallas del siglo XVIII no fueron como el estereotipo extrapolado de las fuentes de la época y defendido por la historiografía durante cierto tiempo, pero aun así podemos extraer patrones tácticos firmes como el uso de líneas extensas para maximizar el fuego al aumentar el número de soldados en el frente; sin que por ello se abandone el uso de reservas, aunque rara vez se ven en campo de batalla, ya que su disposición no asegura su presencia en el lugar requerido en el momento preciso.

Siendo aún menos comunes en los inicios de la Edad Moderna, cuando se comprometía la fuerza al completo del ejército antes de la batalla. De hecho, desde finales del XVII y durante el XVIII las líneas se harán más extensas a costa de reducir la profundidad de las filas. Aún con el uso de innovaciones técnicas como bayonetas, nuevos fusiles, cartuchos de papel, etc., los despliegues continuaron utilizando tácticas de combate desarrolladas en el pasado como las fortificaciones temporales o el apoyo en obstáculos naturales que mejoraron su posición defensiva y forzaron al atacante a un asalto con cuantiosas bajas, previamente habiendo seleccionado el punto más débil del dispositivo (Dupuy, 1980, pp. 145-146; Martínez Ruiz, 2016, p. 242; Wilson, 1999, pp. 89-90).

Los ejércitos a comienzos del siglo XVIII marchaban por una única línea de operaciones previamente establecida para conseguir los objetivos de la campaña y su sostenimiento. Pero al final de la centuria autores como Saxe, Broglie y Guibert lograron extender sus ideas sobre dividir el ejército en varios cuerpos o divisiones que siguiesen rutas alternativas pero próximas, facilitando su desplazamiento en

el espacio y reduciendo el tiempo, facilitando el sostenimiento en el terreno y mejorando las posibilidades de preparar los combates (Segura García, 2014, p. 127; Telp, 2005, p. 19).

Sería en el siglo XVIII donde adquirió mayor importancia no sólo el perfil del general al mando y su formación, sino la de sus propios oficiales. Relacionado con esto último y también con la táctica y lo que en la época se entendía como atributos propios de los militares se encuentra el conocido como «golpe de ojo» o *coup d'oeil* en francés, la mayor de todas las habilidades, se suponía que permitía a un comandante captar lo esencial de una situación y tomar la decisión adecuada con celeridad. Esto queda reflejado en axiomas como el «59. Este estudio, si no es flojo, / te adquirirá la instruccion / de aquel ente de razon / á quien llaman golpe de ojo» (Castro, 1815, p. 10). Aunque otras habilidades tenidas en cuenta en la época eran la suerte, la firmeza, prudencia, detalles y visión de conjunto (Duffy, 1987, pp. 103-104).

La creencia del autor en la necesidad de la oficialidad como la clave de la victoria queda constatado en los axiomas «47. Ejército consumado / será en dos cosas igual, / pericia en el oficial, / y valor en el soldado». y «50. Entre ejércitos iguales, / de igual destreza y valor, / debe quedar vencedor / quien tenga más oficiales» (Castro, 1815, pp. 8, 9). No eran suficientes sin una formación militar profesionalizada, académica y reglada en especial en lo referente a los viejos oficios como el de artillero o el de ingeniero, que fueron a lo largo de la centuria constituidos en cuerpos de ejército, y sus miembros formados en academias.

En el caso español, y poniendo el enfoque en el ejército¹⁰, cabe destacar para los miembros del Real Cuerpo de Artillería la fundación en 1764 del Real Colegio de Artillería de Segovia. Si bien convivió el modelo de cadete de academia militar con el de regimiento a lo largo del XVIII en los cuerpos de infantería y caballería, jugando un importante papel junto a sus lecturas y experiencias profesionales (Duffy, 1987, p. 11, 36; Herrero Fernández-Quesada, 2020, p. 119)¹¹. Cadetes que siempre se pretendió proviniesen de la nobleza, que en el caso español tuvo que ser «convencida» de las bondades del servicio en una milicia devaluada en los inicios de la centuria ilustrada. Aunque entre los oficiales de los cuerpos facultativos o armas sabias, ingenieros y artilleros, no siempre predominó la clase aristocrática (Herrero Fernández-Quesada, 2020, p. 113).

Con todo, la táctica en la batalla se resumía en el mantenimiento del orden y la formación tanto por la disciplina como la moral, en la acertada utilización y despliegue de fortificaciones, artillería y unidades, así como en un correcto y oportuno uso de armas de fuego, cargas de caballería e infantería. Aunque como hemos

10. Para la marina habríamos de referirnos a la Academia de Guardiamarinas.

11. Sobre dicho centro y su éxito en la España de la Ilustración véase Herrero Fernández-Quesada (2015, pp. 211-247; 2016, pp. 391-424).

visto, en ocasiones la iniciativa o la inacción podían decantar una batalla. Podemos resumir las claves propicias para la victoria —que no garantizaban la misma— en la superioridad del número, la moral, la disciplina, disponer de la ventaja del terreno, de la sorpresa si es posible, de un uso racional, correcto y oportuno de infantería, caballería y artillería en conjunto, así como la disponibilidad de oficiales bien formados y tropas bien instruidas y no faltas de experiencia (Duffy, 1987, p. 177).

5. LA INFLUENCIA EUROPEA Y LA DISCUSIÓN TEÓRICA: DEL APEGO A LA TRADICIÓN AL DESENGAÑO DE LA PRÁCTICA

Durante el siglo XVIII Francia fue un centro irradiador de lengua, cultura, arte y literatura militar, tanto en francés, convertido en este momento en una lengua de comunicación, como traducida, aunque ésta última con cierta demora. La influencia gala llegará a tal punto que se verá reflejada en el argot militar, incorporándose galicismos como «golpe de ojo», o la adopción en castellano de términos como «bayoneta». Aunque en el caso español no se ha de desdeñar la presencia de oficiales franceses entre las filas de sus ejércitos con la llegada de la nueva dinastía en los inicios de siglo, que vino a superponerse con el fenómeno de la «galomanía» a nivel europeo, que alcanzó todo aspecto de la vida cotidiana, y no fue distinto en el plano militar. Las ideas y obras de los militares circularán por Europa, y su nivel de influencia será tal que incluso extranjeros como Federico II de Prusia redactarán sus obras en francés (García Hurtado, 1999, pp. 18-26, 32, 35, 43, 49, 63, 74).

Relacionado con lo anterior no deja de resultar además curioso, como comentamos anteriormente, que en el mismo siglo que Castro redactó sus *axiomas*, Federico II de Prusia fuese autor de una obra en verso sobre el arte de la guerra, impresa en francés en 1760, *L'art de la Guerre...* que fue traducido siete años después al italiano, y en 1793 al castellano y al inglés a comienzos del XIX. En el caso español con el nombre de *El arte de la guerra. Poema escrito por Federico II Rey de Prusia, dedicado al que actualmente reyna*, traducido por Genaro de Figueroa, e impreso en Madrid por la Imprenta Real en 1793.

El ejército se surtió para su renovación en especial de las experiencias de su más próximo aliado, Francia (Coutau-Bégarie, 2017, p. 208), que en esos momentos era la mayor potencia terrestre y económica, además de la segunda naval y comercial. La Monarquía consciente de su nuevo papel a nivel europeo, se amoldó a las circunstancias, dado que desde mediados del siglo XVII había perdido su condición de poder hegemónico (Segura García, 2014, p. 116), y recurrió a tratar de adoptar e integrar las aportaciones más importantes de las principales potencias en el ámbito militar, es en este contexto que el debate teórico se convierte en un campo especialmente relevante como atestigua el hecho de que el debate teórico sobre la táctica militar dieciochesca surgido al calor de las innovaciones técnicas se encuentra presente en numerosos *axiomas* de la obra de Castro.

Por lo que primero realizaremos una selección concisa de los más representativos, como ocurre con el «53. No juzgues mas poderoso / al que hacer mas fuego puede: / el que en arma blanca excede / debe quedar victorioso» y el «67. Si fueres mas diestro al fuego, / tenta á tiro de escopeta; / mas si no, arremete luego / al golpe de bayoneta»¹². Para a continuación adentrarnos, en una justificación del contexto, en los autores más relevantes con quienes compartía ideas similares, cronología y que pudieran haber tenido influencia en la concepción de los *axiomas* de Castro.

En dicha centuria, e íntimamente relacionada con el uso y la innovación de la pólvora en el campo de batalla, aconteció el desarrollo de lo que se conocería como «les grandes querelles», teniendo una especial relevancia el debate entre el choque (*ordre profond*) y el fuego (*ordre mince*). Se discutía sobre cuál de las dos opciones era más adecuada para desplegar de las tropas en el campo de batalla, en un siglo en que se consagró el terrible efecto de la potencia de fuego de la artillería, y de una infantería armada con bayonetas y mosquetes¹³.

El surgimiento de una nueva arma exige un nuevo modelo de combate. Con el desarrollo de la potencia de fuego se busca maximizar su efecto, con lo que se dispone a las tropas en líneas, naciendo el orden lineal, conforme se reducen las filas en las que se despliega la infantería, desde las diez que llegó a haber durante el siglo XVII al máximo de cuatro de comienzos del XVIII. Y los pros y los contras de dicha disposición táctica darán inicio al debate (García Hurtado, 1999, pp. 49-50).

Siempre ha habido una tensión inherente entre la teoría y la práctica, al igual que ocurrió en este caso entre las tácticas de choque y de fuego. Y la elección de las tácticas de la batalla dependía siempre del comandante del ejército y de su formación.

Uno de los más destacados e influyentes escritores militares de la centuria fue Jean-Charles de Folard (1669-1752), primer gran teórico en exponer sus ideas al respecto, en 1724 con sus *Nouvelles découvertes sur la guerre* y los *Commentaires sur Polybe* publicados entre 1727 y 1730. Criticó entre otros elementos, la falta de colaboración entre la caballería y la infantería, que combatían en muchas ocasiones

12. En este caso con la palabra escopeta se refiere a un fusil de llave de pedernal (Rodríguez Hernández, 2016, p. 283). Otros axiomas del mismo estilo presentes en la obra serían «71. Victoria tendrás completa / si usáres anticipadas, / no carabinas, espadas; cartuchos no, bayonetas»; «95. Serás el mas eminente / de todo el mundo redondo, / si manejas de repente / mucho frente, poco fondo, / mucho fondo y poco frente» y «198. Es una regla completa / que nunca padece error, / vencer con la bayoneta / el mayor fondo al menor. 199. Si los autores compila / de lo antiguo y lo presente, / mas vale aumentar las filas / que prolongar tanto el frente. 200. No es rio aquel que no es hondo, / entendimiento, diamante, / ejercicio militante, / nada es bueno sin buen fondo» (Castro, 1815, pp. 9, 12, 16, 33).

13. Si bien entre aquellos armados con mosquetes nos encontramos varias clases por su distinta función y características, distinguiéndose mosqueteros, fusileros y granaderos (Martínez Ruiz, 2016, p. 67).

en fases separadas, y que, con la derrota de cualquiera de ellas por parte de uno de los bandos, la otra se vería obligada a replegarse o se arriesgaba a verse condenada (Nosworthy, 1992, pp. 148-151; Strachan, 2005, p. 24). En ellas expuso sus ideas sobre el arte de la guerra, defendiendo la efectividad de la columna en el ataque, argumentando que si era decidido no podía ser contenido por las armas de fuego. Además, abogaba por la reintroducción de la pica, justificándose en las similitudes con la forma de hacer la guerra de los antiguos (García Hurtado, 1999, pp. 50-51).

Para él y otros muchos autores franceses de su época el fuego no dejaba de ser una preparación previa al asalto a bayoneta, ya que en su opinión ese era el verdadero condicionante de la victoria. Dicho ataque se realizaría mediante densas formaciones en columna. En la obra de Castro se aborda tanto su figura como su técnica en los axiomas «76. Arma blanca, no arcabuz, / opinion que juzgan buena / el gran Capitan, Turena, / Feuquier, Folard, Santa Cruz» Y «116. Cuando la ocasion conspira / toda traza es oportuna; / con el ataque en coluna / venció Folard en Spira» (Castro, 1815, pp. 13, 20). Castro defendía que el ataque era una cualidad inherente al soldado español como confirma el axioma «70. La audacia fuera mas franca / para el español apego, / si en lugar de tanto fuego / se usára mas arma blanca» (Ibidem, p. 12). Lo cual se encuentra en consonancia con la creencia en la época de la influencia de la geografía sobre la forma de ser de los estados y sus habitantes, y claro está sus ejércitos, considerándose a los españoles un pueblo impulsivo o «caliente», tal y como quedó reflejado también en las *Reflexiones Militares* de Marcenado (Duffy, 1987, p. 14), el mayor proyecto de quien fuese uno de los tratadistas militares españoles de mayor renombre del siglo XVIII (Fernández García, 2024, p. 135).

Folard demuestra una admiración por los autores antiguos, griegos y romanos, que en la práctica creía, podrían servir de modelo para instituciones militares modernas. Entendía la guerra como una ciencia, tratando de identificar principios racionales y universales que rigiesen su funcionamiento (al igual que Castro), así como el espíritu militar o los fundamentos psicológicos de la guerra. Además, al ser un firme defensor de la ofensiva, despreciaba la guerra de asedio, y consideraba que sus contemporáneos habían socavado el espíritu ofensivo de Francia. Jacques François de Chastenet de Puységur, autor en 1748 del *Art de la guerre*, compartía su atracción por la ofensiva y por los antiguos tratadistas, si bien rechazaba el uso de la pica, pero no el de la bayoneta y las armas de fuego, compartía también su afán por establecer reglas científicas aplicables al arte de la guerra (Gat, 1989, p. 33-36; Starkey, 2003, pp. 34-38).

Su defensa del ataque fue un intento de superar un evidente estancamiento producido por las tácticas lineales de la época, siendo más que un programa táctico, ya que buscaba revitalizar un teórico espíritu militar francés apoyado en la ofensiva. Su escaso apego por las armas de fuego se encontraba fundamentado en las experiencias de su época, pese a que la evolución de la tecnología moderna

hiciese ver que iba contra el modelo predominante, con su defensa de densas formaciones de piqueros, en clara desventaja frente a las armas de fuego portátiles y la artillería en el siglo XVIII. De hecho, autores como Saxe o Federico II llegaron a interesarse por sus propuestas, si bien las calificaron de extremas. Sus ideas se convirtieron en objeto de experimentación y fueron incluidas en los reglamentos franceses de 1753, 1754 y 1755. Su opinión se basaba en la creencia en el éxito de las tácticas ofensivas al malinterpretar la ejecución del duque de Marlborough durante la guerra de Sucesión Española, ya que, si bien recurrió a la ofensiva, siempre la acompañó de una disciplinada potencia de fuego (Chandler, 1995, pp. 130-131; Starkey, 2003, pp. 36-37).

Folard inauguró una tendencia de la literatura militar francesa a favor del orden profundo y la columna, insertada entre las formaciones lineales de infantería, que fue continuada por autores como François Jean de Graindorge d'Orgeville, baron de Mesnil-Durand, quien en su tratado *Suite du projet d'un ordre français en tactique* (1758) aboga por usar la columna como una forma natural de hacer la guerra para los franceses (García Hurtado, 1999, p. 51).

Maurice de Saxe o Mauricio de Sajonia (1696-1750) fue uno de los escritores militares de mayor renombre de su época. Su obra refleja la experiencia militar de las guerras de Luis XIV, en la que se nos presentan ideas como la importancia de los distintos tipos de guerra o el concepto de «legión», en honor de las romanas, como una unidad táctica de actuación independiente en la que se combinasen infantería, caballería y artillería, así como ingenieros y tropas de servicio. Abordaba una reestructuración de la infantería en base a manípulos, idea con la que en cierto modo preconizaba una nueva forma de organización para hacer la guerra, que en el futuro estructuraría los ejércitos de Napoleón (Duffy, 1987, pp. 39, 40; Van Creveld, 2015, pp. 41-42). Fue un hijo ilegítimo de Augusto el Fuerte de Sajonia, y el autor de *Mes Rêveries*, un conjunto de reflexiones militares redactadas en 1732 para un reducido grupo de lectores incluyendo a su padre y a Folard, dadas posteriormente a la imprenta en 1757. No sugirió nada nuevo, sino un sistema de ideas para que los comandantes del XVIII pudieran superar las restricciones del momento (Gat, 1989, pp. 29-33; Starkey, 2003, p. 50).

Otro autor militar que abogó por líneas de actuación similares de los ejércitos fue Pierre-Joseph de Bourcet (1700-1780), ingeniero militar francés y experto en la guerra de montaña. Abogaba por la división del cuerpo de ejército y conceder mayor autonomía al comandante, lo que en su opinión aseguraría el éxito de las operaciones. Al igual que Folard apostó por restaurar la iniciativa militar y la decisión en el campo de batalla, si bien cada uno en un nivel diferente, el primero en la *grande guerre* y el segundo en la *petite guerre* o guerra de posiciones como se la conocía en la época (Starkey, 2003, pp. 43-44).

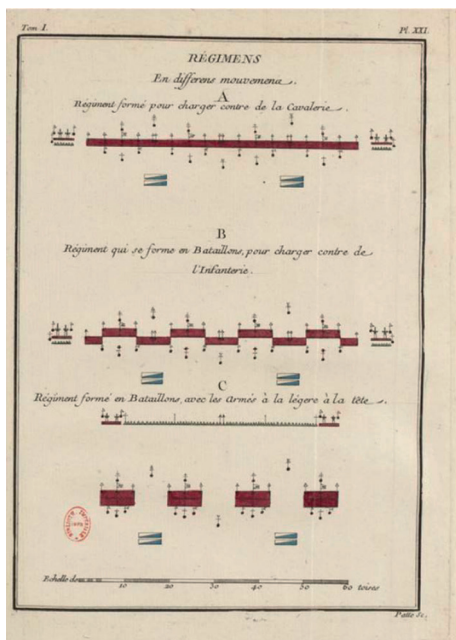


Figura 4. Diferentes maniobras de los regimientos (Saxe, 1757). Imagen obtenida de la copia digitalizada de la obra de la a Bibliothèque nationale de France en el portal Gallica

Se ha utilizado la amistad existente entre Folard y Saxe para justificar que Saxe apoyase su visión del ataque en columna, aun cuando él siempre criticó dicho sistema como poco flexible. No se opuso sin embargo al uso de la pica, por compartir la desconfianza hacia las armas de fuego. Las ideas de Saxe junto a las de Folard, pesarían durante años en Francia, como demostró el establecimiento por el reglamento del 6 de mayo de 1755 de la Columna de Ataque, dos batallones formados en paralelo entre sí, y perpendiculares al enemigo (Chandler, 1995, p. 137).

La utilidad de la columna radicaba en la facilidad y velocidad de desplazamiento de tropas. Era una formación flexible y versátil, con un contundente poder de choque, que se tornaba en línea para realizar varias descargas, o fuego de volea¹⁴. El objetivo era contrarrestar una baja precisión con una alta cadencia de fuego que quebrase la resistencia enemiga. Presta para recuperar su forma inicial a continuación para proseguir el avance. Además, contaba con una fuerza auxiliar de infantería ligera, una

14. El fuego de volea consistía en el disparo en masa de los soldados en la misma dirección de forma simultánea y por turnos.

clase de tropas en auge en la segunda mitad del siglo XVIII, como comentásemos anteriormente (Martí Sempere, 2006, pp. 95-96; Strachan, 2005, p. 24).

Si bien, reconoce que el modelo que plantea es un ideal, aclara que es factible. Nunca renunció al uso de las armas de fuego, aunque defendió el uso de la pica y de armaduras defensivas, la importancia de los asedios o las tropas ligeras. Por lo que, aunque su tratado sea el menos sistemático, fue la obra de un militar pragmático, que evolucionó con el cambio de los tiempos, quien además aportó ideas revolucionarias como su concepción sobre el reclutamiento de los soldados y el servicio militar universal (Chandler, 1995, pp. 131-136; Nosworthy, 1992, pp. 151-160; Starkey, 2003, pp. 50-52).

Tanto Folard como Saxe, a su manera, criticaron la primacía de las tácticas lineales que redujeron el arte de la guerra a un enfrentamiento inflexible entre dos líneas opuestas de infantería que antes de llegar a la distancia de fuego, o la opción de cargar habían sufrido el bombardeo de la artillería contraria, y cuyas alas de caballería se habían enfrentado (Nosworthy, 1992, p. 143).

Otros autores con ideas similares y que pudieron haber influido en la concepción de Castro del «Arte de la Guerra», pudo ser Federico II de Prusia, entre cuyas obras se encuentra su *Principes Généraux de la Guerre* (1748), en la que aborda su concepción orgánica de la guerra y la táctica de los ejércitos. Confería una gran importancia a la disciplina para un buen desempeño del soldado en la batalla. Así mismo, aconsejaba eludir ambientes pantanosos, bosques o montañas donde la posibilidad de emboscadas era muy elevada. Si bien su modo de hacer la guerra quedó mejor atestiguado por su desempeño en campaña que por su teoría (Van Creveld, 2015, pp. 43-44). De hecho, fue su éxito en el teatro de Marte, el que movió a los franceses a continuar con el debate, que tuvo un momento álgido en 1778, cuando se celebró en Vassieux un ejercicio de maniobras en el que ambos órdenes se enfrentaron, se constató tanto sus fortalezas como sus debilidades. La columna se demostró eficiente para el movimiento de aproximación, y el posterior despliegue o para la carga cuerpo a cuerpo, mientras la línea para hacer fuego (García Hurtado, 1999, p. 52).

Tampoco podemos olvidarnos de Lancelot Turpin de Crissé (Gat, 1989, pp. 36-37) y su *Essai sur l'Art de la Guerre* publicado en dos volúmenes en 1754, donde se nos hace patente la importancia de las partidas; opinión compartida por Castro, tal y como aparece reflejado en el axioma «158. Muchas partidas ligeras / continuas exploradoras / te darán á todas horas / las noticias verdaderas» (Castro, 1815, p. 27).

La *petite guerre* fue una forma de hacer la guerra que cobró mayor importancia conforme avanzó el siglo XVIII como atestigua el incremento de tropas ligeras en los distintos ejércitos. Un modo de hacer la guerra que inauguró una nueva rama de la literatura militar, debía su origen a la participación en la guerra de Sucesión Austríaca de tropas ligeras extraídas de la frontera oriental del imperio, como la

caballería húngara o croata. Si bien sufrió el desprecio de algunos de sus contemporáneos, en España no se tuvo inconveniente en el estudio de sus planteamientos (Coutau-Bégarie, 2017, p. 495; Duffy, 1987, pp. 41, 198; García Hurtado, 1999, p. 70; Starkey, 2003, pp. 53-54).

Castro en su obra aborda y toma partido de forma clara en el debate suscitado entre los partidarios del *l'ordre mince*, que enfatizaba la potencia de fuego y el combate en línea, lo que las hacía más frágiles al choque, y reducía su movilidad, sacrificadas en aras de conseguir un incremento de la potencia de fuego. Y los defensores del *l'ordre profond*, autores que siguieron a Folard¹⁵, y abogaban por el choque cuerpo a cuerpo de formaciones profundas, desconfiando de las armas de fuego (Gat, 1989, pp. 39-42; Starkey, 2003, p. 53)¹⁶. Lado del que Castro se inclina al afirmar que «la historia es el tribunal á quien toca sentenciar el pleito pendiente de varias opiniones opuestas que se hallan en los autores militares, por el cotejo de mayor ó menor número de ejemplares, que favorezcan mas ó menos una opinion que otra» (Castro, 1815, pp. 46-47).

La discusión fue trasladada a un plano superior por el entonces joven Jacques Antoine Hypolite de Guibert (1743-1790), autor en 1772 de *Essai Général de Tactique* (Gat, 1989, pp. 48-50)¹⁷. Quien combinó los mejores elementos de ambos órdenes al considerar a la columna como el medio de despliegue idóneo para la formación en tres filas que se ejecutaría siguiendo la «conversión sobre pivote andante», dotando al despliegue de velocidad y efectividad de cara a obtener la victoria, en lo que vino a denominarse como «columna de Guibert» (Starkey, 2003, pp. 54-55)¹⁸.

Tuvo cierta influencia en la Ordenanza francesa de 1791, la cual se convertiría en la base de su táctica en la era revolucionaria y napoleónica. Abordó el tema de lo que denominó como «grandes tácticas», y suscitó un gran interés por sus ideas acerca de la regeneración de Francia, y el potencial de un ejército ciudadano, que además debería estar enraizado en las costumbres y constitución de su propia nación

15. Los autores defensores de la columna fueron Louis-Pierre de Puysegur, Jean-Charles de Folard, François-Jean de Méné-Durand, y Joly de Maizeroy. Defendían su valor de choque y moral, frente a adversarios que entendían que la movilidad era posible a la par que confiar en la potencia de fuego, siendo menos vulnerables a la artillería, como el conde Hippolyte de Guibert y el Chevalier Tronçon du Coudray.

16. Algunos de sus más firmes defensores se cuentan el barón François-Jean de Mesnil-Durand (1729-1799) y Paul Gédéon Joly de Maizeroy (1719-1780), autor de *Cours de tactique, theoretique, pratique et historique* (1776 el primero de dos volúmenes). El principal tema es la búsqueda de un sistema de táctica.

17. Autor conocido en su momento por los círculos intelectuales. Voltaire escribió en 1774 un poema titulado *La Tactique* en relación con su obra.

18. Lo curioso de todo fue la permanencia de algunos autores reacios como Jean Le Michaud d'Arçon, autor en 1779 de *Défense d'un système de guerre nationale*, del modo tradicional de hacer la guerra, y claro está del orden profundo. (García Hurtado, 1999, pp. 52-54).

(Duffy, 1987, pp. 41-42). Sin embargo, su admiración por Federico II le granjeó la enemistad de muchos de sus compañeros y durante un tiempo sus innovadoras ideas fueron relegadas al ostracismo (Strachan, 2005, pp. 24-26).

Con sus ideas sobre el arte de la guerra, consideradas adelantadas a su tiempo, pretendía alcanzar un sistema definitivo de táctica. Sus revolucionarias opiniones sobre la importancia de factores como la audacia, la velocidad de movimiento, la adaptación al terreno, el despliegue en columna antes de hacer fuego, entre otras, tendrían una influencia en la guerra posteriormente (Gat, 1989, p. 52).

Pero no quisiéramos finalizar este apartado sin mencionar como la teoría militar de Castro bebe de un autor español en especial, del marqués de Santa Cruz, y sus *Reflexiones Militares*¹⁹, donde abogaba, en los inicios de la década de 1730, por el uso combinado de las tácticas lineales con las formaciones en columnas, además de despreciar la atención excesiva en su opinión alrededor del potencial de las armas de fuego (Chandler, 1995, p. 130).

No nos deja de sorprender la importancia que el autor confiere al debate teórico entre el orden profundo y ligero enmarcado en la *grande guerre*, cuando en la España de su época el debate que gozó de mayor popularidad fue el de la *petite guerre* (García Hurtado, 1999, pp. 70, 81). Ya que las obras que se traducen son aquellas que responden a las necesidades tácticas y estratégicas de cada reino. Y en el caso de la España del siglo XVIII su situación política y económica, a la que hemos de añadir su reducida población y la complicada geografía de su territorio peninsular hiciesen que se prefiriese otro tipo de libros. Si bien no impidió que se buscasen compendios de grandes obras y autores de reconocido prestigio durante toda la centuria (García Hurtado, 2002, p. 67).

6. CONCLUSIONES

Lo anteriormente nos mueve a pensar que Nicolás de Castro fue uno de los oficiales del ejército español que participaron de la Ilustración como evidencia su búsqueda de principios generales aplicables al arte de la guerra. Además de realizar una defensa de los valores y la religiosidad españolas frente a la influencia francesa. Con lo que contribuía a la defensa de una fuente de orgullo y de virtudes castrenses, tales como el ardor y el valor en la batalla, reflejados en la dedicatoria de la obra, «*en obsequio de la religión, del rey y de la patria*». Mientras que su carrera militar tanto en Europa como en América constata la movilidad de los oficiales del ejército de la Monarquía.

19. Se recomienda la lectura de Díaz Álvarez, J. y Fernández García, P. (eds.), (2025). Una obra que reúne los trabajos más recientes elaborados por especialistas sobre el marqués de Santa Cruz y su obra.

Los *axiomas* de Castro nos muestran su visión de lo que debería ser el arte de la guerra, a la par que nos permiten comprobar la extensión e influencia de diferentes ideas y postulados acerca del arte militar que compartía con otros autores de su época. Especialmente aquellos de origen francés, país irradiador de teoría militar a toda Europa y a España durante el siglo XVIII, dada su estrecha vinculación con ésta durante toda la centuria. A la vez que nos permiten constatar la consolidación y preeminencia a lo largo del siglo XVIII de las tácticas lineales, pese a que su autor defendiese la preponderancia del orden profundo.

Su obra no sólo nos permite conocer su visión en particular de la guerra, fruto de sus lecturas y experiencias, de lo que debiera ser en su opinión la táctica militar. Se convierten en un importante recurso para conocer la realidad española del momento, y aquello que el autor considera como los males y los remedios necesarios para solucionarlos, lo que evidencia como los axiomas se hallan orientados no sólo a los jóvenes que quieran convertirse en oficiales, sino al público español en concreto. Lamentablemente su trabajo, debido a su tardía publicación y opiniones que resultaron menos acertadas, terminó por ser conocido sólo por eruditos y nunca fue utilizado como un tratado orientado al aprendizaje.

La inclusión de algunas ideas superadas en el momento de publicación de la obra, que fue muy posterior al de su redacción, no excluye la presencia de elementos innovadores en la época, los cuales corroboran como el autor va más allá de ser un mero defensor de ideas anticuadas, y se puede incribir en un círculo de pensadores y tratadistas del arte militar, siempre interesados por la innovación y el perfeccionamiento del mismo.

Debido al número de los axiomas y su variada temática no hemos podido abordar con profundidad en el presente trabajo relevantes elementos del pensamiento de Castro como fue la defensa junto a la disciplina, propia del siglo XVIII, de ideas como un mejor trato de la oficialidad hacia la tropa. Además de otro elemento digno de destacar, cómo fue su defensa de la creación de una Escuela Superior de Táctica, para la formación de oficiales, que podría preconizar la teorización de un Estado Mayor que abarcase las distintas armas y cuerpos del ejército bajo un único mando, conformado por militares pertenecientes a las distintas especialidades, desde la infantería a la artillería. Relacionado con esto se deberían comparar sus ideas con las de autores de su época y en especial españoles como el marqués de Santa Cruz de Marcenado, que hemos reservado para abordar con el debido rigor en futuros trabajos que en estos momentos estamos escribiendo.

Contribución de autoría

La concepción, investigación, redacción, revisión crítica y aprobación final del manuscrito es únicamente obra de Manuel Sobaler Gómez.

Agradecimientos y financiación

Trabajo no financiado.

Declaración sobre el uso de inteligencia artificial

El autor declara que no se ha utilizado inteligencia artificial en la elaboración de este trabajo.

7. BIBLIOGRAFÍA

- ABIÁN CUBILLO, D. A. (2016). La instrucción militar durante el reinado de Carlos III: el proyecto de una academia militar general. En M. Á. Pérez Samper y J. L. Betrán Moya (Eds.), *Nuevas perspectivas de investigación en Historia Moderna: Economía, Sociedad, Política y Cultura en el Mundo Hispánico* (pp. 516-528). Fundación Española de Historia Moderna.
- ABIÁN CUBILLO, D. A. (2021). El mérito académico en el pensamiento militar español dieciochesco: del caballero medieval al oficial de infantería. *Erasmus: Revista de Historia Bajomedieval y Moderna*, (8), 19-42. <https://doi.org/10.24197/erhbm.8.2021.19-42>
- ANDÚJAR CASTILLO, F. (2003). La privatización del reclutamiento en el siglo XVIII: el sistema de asientos. *Studia Historica, Historia Moderna*, (25), 123-147.
- ANDÚJAR CASTILLO, F. (2016). El reformismo militar de Carlos III: mito y realidad. *Cuadernos de Historia Moderna*, 41(2), 337-354. <https://doi.org/10.5209/CHMO.53815>
- ARNOLD, T. F. (1999). War in Sixteenth-Century Europe: Revolution and Renaissance. En J. Black (Ed.), *European Warfare, 1453-1815* (pp. 23-44). Palgrave Macmillan. https://doi.org/10.1007/978-1-349-27521-2_2
- ASCH, R. G. (1999). Warfare in the Age of the Thirty Years War, 1598-1648. En J. Black (Ed.), *European Warfare, 1453-1815* (pp. 45-68). Palgrave Macmillan. https://doi.org/10.1007/978-1-349-27521-2_3
- BLACK, J. (1994). *European Warfare, 1660-1815*. UCL Press. <https://doi.org/10.4324/9780203499429>
- BLACK, J. (2023). Place and the Nature of Battle. *Nuova Antologia Militare. Storia Militare Contemporanea*, (4), 7-25.
- BRAGADO ECHEVARRÍA, J. (2020). Guerra y mercenarios: la crisis del reclutamiento de extranjeros en el ejército borbónico en la segunda mitad del siglo XVIII. *Cuadernos Dieciochistas*, (21), 45-81. <https://doi.org/10.14201/cuadiecici2020214581>
- BURNS, A. S. (Ed.). (2022). *The changing face of Old Regime warfare. Essays in honour of Christopher Duffy*. Helion y Company.

- CASTRO, N. de. (1815). *Axiomas militares ó máximas de la guerra, cuyo comento es la historia...* Imprenta de don Miguel de Burgos.
- CHANDLER, D. G. (1995). *The art of warfare in the Age of Marlborough*. Sarpedon.
- COLLANTES SÁNCHEZ, C. M. (2015). Versos y tratados en la Ilustración científica (1650-1750). *Cuadernos de Estudios del Siglo XVIII*, (25), 75-96. <https://doi.org/10.17811/cesxviii.25.2015.75-96>
- COUTAU-BÉGARIE, H. (2017). *Traité de stratégie*. Economica.
- DELBRÜCK, H. (1990). *History of the art of war: Vol. 4. The dawn of modern warfare*. University of Nebraska Press.
- DÍAZ ÁLVAREZ, J., y Fernández García, P. (Eds.). (2025). *Santa Cruz de Marcenado (1724-2024). Cuadernos de Estudios del Siglo XVIII. Anejo 18*. Instituto Universitario Feijoo del Siglo XVIII; Ediciones Trea; Ediuno, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Oviedo.
- DOMIZIO, L. (2025). The night in Early Modern warfare: Risk, opportunities, and military perceptions of darkness. *Nuova Antologia Militare. Storia Militare Moderna*, (6), 7-47.
- DUFFY, C. (1987). *The military experience in the Age of Reason*. Routledge y Kegan Paul.
- DUPUY, T. N. (1980). *The evolution of weapons and warfare*. Bobbs-Merrill Company Inc.
- ESPINO LÓPEZ, A. (2000). El aprendizaje de la guerra a través de las obras de los historiadores de la Antigüedad. *Obradoiro de Historia Moderna*, (9), 189-210.
- FERNÁNDEZ GARCÍA, P. (2024). *El marqués de Santa Cruz de Marcenado (1684-1732). Cultura, milicia y redes sociales*. Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII; Ediciones Trea.
- GARCÍA HURTADO, M.-R. (1999). *Traduciendo la guerra. Influencias extranjeras y recepción de las obras militares francesas en la España del siglo XVIII*. Universidade da Coruña, Servicio de Publicacións.
- GARCÍA HURTADO, M.-R. (2002). *El arma de la palabra. Los militares españoles y la cultura escrita en el siglo XVIII (1700-1808)*. Universidade da Coruña, Servicio de Publicacións.
- GAT, A. (1989). *The origins of military thought, from the Enlightenment to Clausewitz*. Clarendon Press.
- GONZÁLEZ ENCISO, A. (2020). Guerra y movilización de recursos económicos en el siglo XVIII. Un ensayo historiográfico. *Cuadernos Dieciochistas*, (21), 15-43. <https://doi.org/10.14201/cuadieci2020211543>
- HERRERO FERNÁNDEZ-QUESADA, M. D. (2015). La innovación militar en la España del XVIII. Felice Gazzola conde de Gazola y el Real Colegio de Artillería, Segovia (1760-1780). *Revista Storica Italiana*, (127), 211-247.
- HERRERO FERNÁNDEZ-QUESADA, M. D. (2016). Educando a Marte. Rentabilidad de la innovación docente militar y versatilidad profesional. *Cuadernos de Historia Moderna*, 41(2), 391-424. <https://doi.org/10.5209/CHMO.54198>
- HERRERO FERNÁNDEZ-QUESADA, M. D. (2020). Sistemas de captación e innovación en la formación del militar borbónico. Educación para la guerra. *Cuadernos Dieciochistas*, (21), 107-150. <https://doi.org/10.14201/cuadieci202021107150>
- LIDDELL HART, B. H. (1991). *Strategy*. Meridian Printing.

- LYNN, J. A. (2010). 1661-1763. X. Estados en conflicto. En G. Parker (Ed.), *Historia de la guerra* (pp. 173-193). Ediciones Akal.
- MAFFI, D. (2007). El estudio de la Historia Militar en la Edad Moderna. En Instituto Español de Estudios Estratégicos y Ministerio de Defensa (Eds.), *La enseñanza de la historia militar en las fuerzas armadas* (pp. 38-58). Ministerio de Defensa.
- MARTÍ SEMPERE, C. (2006). *Tecnología de la defensa. Análisis de la situación española*. Instituto Universitario Gutiérrez Mellado; Universidad Nacional de Educación a Distancia.
- MARTÍNEZ RUIZ, E. (2016). *Historia militar de la Europa Moderna*. Editorial Síntesis.
- NOSWORTHY, B. (1992). *The anatomy of victory. Battle tactics 1689-1763*. Sarpedon.
- O'DONNELL Y DUQUE DE ESTRADA, H. (2013). La táctica y la técnica españolas. El combate en sus diversos tipos. En L. Ribot (Coord.), *Historia militar de España: T. 3. Edad Moderna: Vol. 2. Escenario europeo* (pp. 149-185). Ministerio de Defensa; Real Academia de la Historia.
- PARKER, G. (2010). 1494-1660. IX. La guerra dinástica. En G. Parker (Ed.), *Historia de la guerra* (pp. 153-171). Ediciones Akal.
- PEÑALOSA Y ZÚÑIGA, C. (1796). *Memoria sobre la artillería volante o de a caballos*. Imprenta de Espinosa.
- ROBERTS, M. (1956). *The Military Revolution, 1560-1660*. Boyd.
- RODRÍGUEZ HERNÁNDEZ, A. J. (2016). ¿Evolución o innovación? Los cambios técnico-tácticos en el armamento del ejército español durante el relevo dinástico: nuevas consideraciones. *Cuadernos de Historia Moderna*, 41(2), 273-294. <https://doi.org/10.5209/CHMO.53812>
- ROGERS, C. J. (2010). Tactics and the face of battle. En F. Tallet y D. J. B. Trim (Eds.), *European Warfare, 1350-1750* (pp. 203-235). Cambridge University Press. <https://doi.org/10.1017/CBO9780511806278.012>
- SALAS Y CORTÉS, R. de. (1831). *Memorial histórico de la artillería española*. García.
- SANDBERG, B. (2023). Early Modern France and the Military Revolution. En J. Black (Ed.), *Global Military Transformations: change and continuity, 1450-1800* (pp. 113-160). Società Italiana di Storia Militare; Nadir Media.
- SANZ, R. (1749). *Diccionario militar, o recolección alfabética de todos los términos propios al Arte de la Guerra*. Imprenta de Juan Piferrer.
- SAXE, M. de. (1757). *Mes rêveries* (Vol. 1). Chez Arkstée et Merkus; Chez Desaint et Saillant; Durant.
- SEGURA GARCÍA, G. (2014). Organización, táctica y principales acciones militares del ejército español. En C. Iglesias (Coord.), *Historia militar de España: Edad Moderna: Vol. 3. Los Borbones* (pp. 115-145). Ministerio de Defensa; Real Academia de la Historia.
- SOBALER GÓMEZ, M. (2024). Didácticas de la guerra en el siglo XVIII a partir de los Axiomas Militares de Nicolás de Castro. *L'Aigle: Revista de Historia Napoleónica*, (Especial 2), 19-37.
- SOBALER GOMEZ, M. (2026). Memoria y legado de un militar ilustrado: los Axiomas militares de Nicolas de Castro. *L'Aigle: Revista de Historia Napoleónica*, (4), 6-21.

- STARKEY, A. (2003). *War in the Age of Enlightenment, 1700-1789*. Praeger. <https://doi.org/10.5040/9798216033653>
- STORRS, C. (2023). Spain and the Military Revolution. En J. Black (Ed.), *Global Military Transformations: change and continuity, 1450-1800* (pp. 161-184). Società Italiana di Storia Militare; Nadir Media.
- STRACHAN, H. (2005). *European armies and the conduct of war*. Routledge. <https://doi.org/10.4324/9780203995587>
- TELP, C. (2005). *The evolution of operational art, 1740-1813. From Frederick the Great to Napoleon*. Frank Cass. <https://doi.org/10.4324/9780203339954>
- TORRES SÁNCHEZ, R. (2016). Alimentando a Marte: la política de suministros militares al ejército. *Cuadernos de Historia Moderna*, 41(2), 373-389. <https://doi.org/10.5209/CHMO.53816>
- VAN CREVELD, M. (2015). *A history of strategy from Sun Tzu to William S. Lind*. Castalia House.
- WEIGLEY, R. F. (1991). *The Age of Battles. The quest for decisive warfare from Breitenfeld to Waterloo*. Indiana University Press.
- WILSON, P. (1999). Warfare in the Old. En J. Black (Ed.), *European Warfare, 1453-1815* (pp. 69-95). Palgrave Macmillan. https://doi.org/10.1007/978-1-349-27521-2_4